



## ESPECIAL JÓVENES



### EL SUFRIMIENTO (3)

Parroquia Ntra. Sra. Reina del Cielo – N° 22, 9 de marzo de 2014

El hombre, su interioridad está hecha de trascendencia. La religión “es la mayor rebelión del hombre que no quiere vivir sin sentido, y trata de conocer al Creador” Muchas personas buscan una razón, cuando una grave enfermedad irrumpe en su vida. Sabemos que la enfermedad no puede tomarse –porque no lo es- como un castigo. **“El dolor físico, cuando se puede quitar, se quita; ¡bastantes sufrimientos hay en la vida! Cuando no se puede quitar, SE OFRECE”**

La enfermedad, “desnuda la esencia de las cosas”, coloca al sujeto delante de su propia vida, y provoca en él la urgencia de **palabras verdaderas**: La enfermedad, le puede conducir a la angustia, al repliegue sobre sí mismo, a veces incluso a la desesperación y a la rebelión contra Dios. Pero con mucha frecuencia también hace a la persona más madura, y la ayuda a discernir en su vida lo que no es esencial para volver hacia lo que lo es y por lo mismo “la enfermedad empuja a una búsqueda de Dios, un retorno a Él”. Resulta claro que la vivencia religiosa o el sentido de la trascendencia ayuda mucho a sobrellevar el dolor; por el contrario, si se prescinde de Dios, el dolor resulta absurdo: “Sólo la fe cristiana permite al hombre acercarse al secreto del sufrimiento y de la muerte, y librarlo de la desesperación. Pero la paz sólo se encuentra al final de un largo camino. Quien sufre no debe maravillarse de sentirse en algunos momentos más cerca del blasfemo que del ‘fiat’ (hágase), pero debe creer con todas sus fuerzas que Jesucristo le ayudará un día no sólo a comprender, sino también a decir Sí, utilizando de este modo el dolor para su propia salvación y para la salvación del mundo. Leemos estos brevísimos versos de Santa Teresa:

**“Después que se puso en Cruz el Salvador, En la Cruz está la gloria y el honor, Y en el padecer dolor, vida y consuelo, Y el camino más seguro para el Cielo”**

Recogemos ahora el testimonio de un sacerdote, quien después de un accidente de tráfico quedó tetrapléjico. Responde así el sacerdote Luis Moya, a la pregunta de por qué permite Dios que sus hijos sufran: “El sufrimiento es una ocasión que el Señor nos ofrece para afirmar con la vida, con nuestros hechos y con nuestra actitud ante la vida, que para nosotros es verdaderamente Dios: Bueno y Poderoso, siempre y en grado infinito. Por eso nada de lo que ocurre resulta insoportable para quien vive consciente de su filiación divina, por lo que nos tomaremos todo como venido de su mano y por extraño que a algunos les pueda parecer, no se contempla la propia existencia con complejo de víctima ni lamentando la triste suerte que uno padece. Yo sé que mi vida es algo grande porque es de Él y en todo caso se encamina hacia Él, aunque a veces me resulte más costosa que a otros. De hecho cada día puedo seguir a pesar de mis limitaciones, de las dificultades, con una alegría que a muchos sorprende y a mí me admira; pero me parece razonable, porque Dios nunca defrauda a quien procura agradecerle con las fuerzas que tiene”

Cuando se lee el Evangelio, se observa que Jesucristo, no ama el sufrimiento ni lo busca, pero sabe aceptarlo cuando lo encuentra en su propia vida y lo asume como ocasión de mostrar su amor y confianza en el Padre y su amor y solidaridad incondicional con los hombres. **Su amor a la humanidad** – ha escrito el teólogo alemán K.Adam-: “no es pura doctrina, sino vida, más aún, un sufrir y morir con los hombres. No se contenta con examinar la miseria humana y luego buscar los remedios para aliviarla, sino que Él mismo se pone en contacto con dicha miseria. No soporta conocerla sin tomarla sobre sí. El amor de Jesús traspasa los límites de su propio corazón para atraer hacia sí al prójimo, o mejor dicho, para salir de sí mismo, identificándose con los demás para vivir y sufrir con ellos”



“No cedáis a la tentación de considerar el dolor como una experiencia sólo negativa, hasta el punto de dudar de la bondad de Dios. En Cristo sufrimiento todo enfermo puede encontrar el significado de sus propios padecimientos y descubrir una nueva dimensión a su sufrimiento” (Juan Pablo II). La enfermedad, coloca al sujeto delante de su propia vida, y provoca en él la necesidad de **palabras verdaderas**, en la enfermedad, el hombre experimenta su impotencia, sus límites y finitud”. Frecuentemente hace a la persona más madura y la empuja a una búsqueda de Dios, un retorno a Él”. Del que sufre brota espontáneamente una protesta inquieta, a veces rebelde: ¿Por qué? ¿Para qué? La respuesta sólo se capta en la fe, arrodillándose humildemente en oración ante la Cruz. El Crucifijo es una propuesta de amor. Jesús, desde la Cruz, siempre responde, aunque a veces requiere tiempo captar su respuesta. Su Palabra es una llamada muy concreta: «Sígueme. Toma parte con tu sufrimiento en la obra de salvación del mundo, que se realiza a través de mi sufrimiento, por medio de mi Cruz» Jesús invita a cada uno, personalmente: **«El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame»** (Lc 9,23).

La enfermedad es realmente **«redentora» algo radicalmente verdadero**. Dios espera de nosotros, no nuestro dolor, sino nuestro amor; pero uno de los principales modos en que podemos demostrarle nuestro amor es uniéndonos apasionadamente a su Cruz y a su labor redentora. ¿Qué otras cosas tenemos, en definitiva, los hombres para aportar a su tarea? En los que sufren ha puesto Dios un gran poder. En unión con la cruz de Cristo, los enfermos con sus oraciones y sacrificios, pueden hacer por la Iglesia más que muchos que realizan tareas más llamativas externamente. **Entonces, ¿Cómo vivir el sufrimiento para que pueda dar frutos? –“Los sufrimientos son la prueba más grande del amor de Dios, y si se ofrecen bien, pueden ganar muchas almas: el sufrimiento, soportado con paciencia, tiene para el alma un valor infinito” (María Simma).**

«El sufrimiento humano encuentra su significado más profundo y su valor salvífico en la muerte y resurrección del Redentor. Todo el peso de las tribulaciones y dolores de la humanidad está concentrado en el misterio de un Dios que, asumiendo nuestra naturaleza humana, se humilló hasta convertirse en «pecado por nosotros» (2 Cor 5,21). En el Gólgota Él cargó las culpas de toda criatura humana. De la paradoja de la cruz brota la respuesta a nuestros interrogantes más inquietantes. Cristo sufre por nosotros: toma sobre sí el sufrimiento de todos y lo redime. Cristo sufre con nosotros, dándonos la posibilidad de compartir con Él nuestros padecimientos. Unido al sufrimiento de Cristo, el sufrimiento humano se transforma **en medio de salvación**..